

El obispo Trespalacios (1722-1799) y la fundación de la diócesis habanera

Bishop Trespalacios (1722-1799) and the foundation of the Havanan Diocese

Pablo Velázquez Leiva

[Recibido: 10/5/2018 ♦ Aceptado: 15/11/2018]

Licenciado en Historia. Profesor Adiestrado del Departamento de Historia de Cuba, Facultad de Filosofía e Historia, Universidad de La Habana, Cuba.

Email: pablovelazquez129@gmail.com

Resumen: El 28 de julio de 1786 se resolvía, después de los constantes esfuerzos de los obispos de Cuba, la división del obispado de Santiago de Cuba en dos mitras, de las cuales una se erigiría en La Habana. El modo en que fue concebida esta real disposición por el entonces obispo de Puerto Rico Felipe José de Trespalacios y Verdeja—desde 1789 obispo de La Habana—tuvo una profunda repercusión en la evolución histórico-cultural de la Isla, de modo general, y de la iglesia católica de un modo más estricto. Trespalacios había sido designado como ejecutor de esta división, y el hecho de haber sabido de antemano que sería beneficiado con la mitra habanera, lo convirtió en juez y parte, arreglando, de este modo, una división que, desde cualquier ángulo, favorecía a la diócesis que quedaría establecida en el occidente de la Isla. El papel que jugó el obispo en la división de la diócesis de Santiago de Cuba y en la erección de la habanera, marcará durante años el desarrollo de la Iglesia católica en Cuba, que conservará, en principio, esta estructura hasta la primera República. Estos fueron elementos que, andando el tiempo, incidieron abruptamente en el distanciamiento del infranqueable abismo económico, cultural, demográfico, social y político que separaban a las dos regiones principales de la Isla, Occidente y Oriente. Todas las contradicciones que rodearon la división del obispado de Cuba, vistas a fondo, son un fresco muy representativo de la sociedad colonial que se había forjado en Cuba hacia finales del siglo XVIII.

Palabras claves: diócesis, cabildo eclesiástico, Habana, obispo

Abstract: On July 28, 1786, after the constant efforts of the bishops of Cuba, it was resolved that the bishopric of Santiago de Cuba should be divided into two mitres, one of them would be erected in Havana. The way in which this royal disposition was conceived by the former Bishop of Puerto Rico Felipe José de Trespalacios y Verdeja—since 1789 bishop of Havana—had a profound repercussion on the historical and cultural evolution of the Island, in a general way, and specifically, on the Catholic Church. Trespalacios had been designated as executor of this division before being named bishop of Havana. The fact of knowing in advance that he could benefit him-self from the miter of Havana, made him a judge and jury. Thus he arranged a division that, definitely, favored the diocese that would be established in the west of the island. The role played by the bishop in the division of the diocese of Santiago de Cuba and in the erection of a new one in Havana, will mark for years the development of the Catholic Church in Cuba, which will preserve, in principle, this structure until the first Republic. These were elements that, over time, had an abrupt impact on the distancing of the impassable economic, cultural, demographic, social and political abyss that separated the two main regions of the Island, the West and the East. Indeed, all the contradictions that surrounded the division of the bishopric of Cuba, seen in depth, are representatives of the colonial society that had been forged in Cuba towards the end of the 18th century.

Keywords: diocese, ecclesiastical chapter, Havana, bishop

INTRODUCCIÓN

A más de cuarenta años de la aparición y consolidación de lo que en los últimos años algunos han identificado como campo historiográfico revolucionario cubano, aún existen algunas problemáticas de peso fundamental en la evolución histórico cultural cubana que no parecen haber llamado suficientemente la atención de nuestros historiadores. Numerosas pueden ser las causas aducidas, desde la inestabilidad y complejidad de acceso a las fuentes, como matices de una utilidad política. La historia de la Iglesia católica está claramente incluida dentro de estas problemáticas.

En los últimos años encontramos ejemplos aislados de estudios de alguna significación. Sin embargo, dentro del complejo mundo eclesiástico, estos estudios han priorizado las relaciones de las órdenes regulares con la sociedad colonial y, en menor medida, algunos aspectos de la religiosidad popular, la mayoría de los casos asociadas a procesos de sincretismo religioso y el papel de estos en la conformación de una cultura nacional cubana. (García, 2007; Pruna, 1998; Fernández, 2014; Segre, 2000a; Segre, 2016b)

De todas las contribuciones de la historiografía cubana, el libro *Historia de la Iglesia Católica en Cuba. La Iglesia en la patria de los criollos (1516-1789)*, aparece casi como un paradigma dentro de estos estudios. Es, sin dudas, un intento bastante logrado de organizar y articular muchos de los elementos aislados que componían la historiografía cubana sobre la Iglesia católica, a la vez que presenta un carácter distintivamente analítico. Aun así, subsisten muchas debilidades relativas a aspectos específicos de este tema. Nuestra historiografía, carente de un estudio sólido sobre el alto clero habanero, principalmente que incluya los finales del siglo XVIII y XIX, sus características, vínculos y evolución, ha sido víctima de afirmaciones totalizadoras y parcialmente ciertas. Afirmaciones que pecan de la inexistencia de un conocimiento profundo de la historia de la Iglesia Católica, y sin periodizaciones que precisen diferencias entre los componentes de esta institución en su lógica evolución histórica. Por último, afirmaciones que hoy día resultan difícilmente aplicables si no consideramos, en perspectiva, un replanteamiento -y en

muchos casos una reconstrucción- de nuestro pasado histórico.

Este artículo, por su parte, propone un análisis de factores determinantes dentro del alto clero, o clero secular. Pretende demostrar el papel fundamental que desempeñó el obispo Trespalcios en la fundación del obispado de La Habana y la profunda marca que dejó en la evolución histórica de la Iglesia católica en Cuba y en la Isla en sentido general. Dentro de los márgenes de la microhistoria política quedará enmarcada esta investigación sobre el primer obispo de La Habana y el modo en que este concibió la creación de la nueva diócesis, de forma tal que ahondó, aún más, las profundas diferencias económicas, políticas, demográficas, sociales y culturales entre el oriente y el occidente de la Isla.

DESARROLLO

EL PRIMER PRELADO DE LA HABANA

La creación en La Habana de una nueva diócesis es un aspecto que reviste matices que aún no han sido suficientemente trabajados a profundidad. De un modo más específico, la historiografía cubana sobre la Iglesia católica ha centrado la atención principalmente en la materialización de la creación efectiva del obispado, – sin prescindir del análisis de los procesos precedentes llevados a cabo por los obispos cubanos para la división de la diócesis de Cuba desde mediados del siglo XVII– y la relación estrecha que esto guarda con la dinámica acelerada de desarrollo económico, demográfico y social, principalmente, que experimenta La Habana hacia finales del siglo XVIII. (Torres, 2008; Suárez, 2003; Fernández, 2014)

Siendo así, el modo en que fue concebida esta división, la interpretación que de las reales disposiciones se hizo en la Isla y su aplicación en beneficio total de la mitra habanera, son elementos que han quedado al margen de las pocas valoraciones históricas que al respecto ha hecho la historiografía cubana. Aún más, poco o nada se conoce del papel del por ese entonces obispo de San Juan de Puerto Rico –y desde 1789 primer prelado de La Habana– Felipe José de Trespalcios y Verdeja (1789-1799), quien tuvo un peso fundamental en este proceso y cuyas disposiciones tuvieron un impacto significativo en la evolución de La Habana, principalmente, como centro económico, político y cultural de

Cuba, y de un modo más general, no por ello menos efectivo, en el resto de la Isla.

Sin dudas de ningún género, la historia colonial de Cuba está colmada de personalidades realmente interesantes, entre las cuales destacan los obispos. Los fenómenos que giran en torno a estas autoridades medulares para la sociedad y la política colonial, han llamado durante años la atención de algunos de nuestros historiadores. Aun así, hay muchos elementos, sobre todo en los prelados anteriores al siglo XVIII, que aún permanecen en el área de la especulación o totalmente ignorados.

En sentido general existen tres aspectos, a mi juicio fundamentales, vinculados a la personalidad del primer obispo de La Habana. El primero de ellos, y el que con mayor peso relativo podemos encontrar en parte de nuestra historiografía, es el que lo vincula a serios conflictos con la máxima figura del poder civil en la Isla. Los contenciosos asuntos entre Trespalacios y el capitán general Luis de las Casas (1790-1796) no son, en ningún caso subrepticios, es una guerra de poderes expresamente declarada, inteligible en simbologías muy claras sobre un viejo problema: las contradicciones que se generaron a nivel extensivo en el mundo colonial hispano entre el poder civil y el eclesiástico y la posición de árbitro que asume la Corona hispana entre ambos poderes, tratando de conservar el precario equilibrio en el que había degenerado el Real Patronato para América.

Todo ello hace metástasis, en el caso particular de la Isla, con los conflictos naturales que genera la creación e inserción de un nuevo espacio de poder en la sociedad colonial finisecular. Sin bien alguna parte de la historiografía cubana, y sobre Cuba, ha estructurado un discurso histórico coherente que muestra estos conflictos como una lucha simbólica entre un pensamiento ilustrado, del que era Luis de las Casas su principal estandarte en la Isla, y por otra parte la resistencia de una mentalidad retrógrada –con aspectos que han sido claramente estigmatizados– personificada en la figura del obispo, cierto es que esto podría ser solamente una de las verdades históricas que fundamenten este problema. Tampoco es interés de este artículo dar una explicación de ello *in extenso*.

La segunda de las cuestiones vinculadas a Trespalacios se relaciona con características propias y realmente interesantes de su mitrado. El vínculo cercano de este

obispo con sectores del clero relacionado con miembros de elementos que componen un grupo social que en Cuba se conoció como comerciantes peninsulares, particularmente los hermanos Font, y el modo en que estos manejaron la diócesis en virtud de sus intereses personales, así como el impacto que este pequeño grupo de poder tendrá en el gobierno eclesiástico del obispo Espada, es algo que aún carece de un estudio de caso profundo por parte de la historiografía abocada a los temas coloniales.

El origen del sistema de redes y relaciones desplegadas por estos hermanos, principalmente con Francisco Font que llegó a ser secretario de cámara del obispo, que les permitió articular una influencia efectiva sobre el gobierno eclesiástico, es algo que no ha sido posible determinar. Los legajos de documentación existente en los archivos de la Cancillería del Arzobispado de La Habana relacionados con recursos de fuerza y pleitos directos con el segundo obispo de La Habana, nos dan una idea muy clara de la resistencia que modularon ante lo que Espada representó para ellos como limitación abrupta de un espacio de poder al cual estaban evidentemente muy acostumbrados.

Por último –aun cuando cronológicamente podría ser considerado como el primero– un aspecto interesante de la vida de este prelado y de su función en la dinámica y evolución histórica de la Iglesia Católica en Cuba, fue su papel en la división de la diócesis de Cuba y la creación de la de La Habana. Este interés radica en el modo en que el obispo estructuró y manejó en la Isla las disposiciones de Carlos III al respecto, para crear un opulento obispado en el occidente, en detrimento del de Santiago de Cuba, y luego hacerse con la mitra del primero.

Por otra parte, hay elementos del episcopado de Trespalacios que resulta de interés dominar para la comprensión de muchas de sus actitudes. Un rasgo interesante, que no se repite en la historia eclesiástica de Cuba, fue el hecho de que el Cabildo eclesiástico gozó de una amplia libertad de acción. Era solo en casos muy específicos en los que el obispo intervenía y tomaba partido sobre alguna decisión tomada por este órgano. Esto no es más que una prueba de la libertad con la que el mismo obispo actuó también a su propia conveniencia.

Trespalcios llega a La Habana con más de sesenta y cinco años, y permaneció al frente de la diócesis cerca de once años. Durante este tiempo el viejo obispo supo rodearse de un personal de su entera confianza, al que colocó en los principales cargos de la administración diocesana, como es el caso de los hermanos Font¹. Sin embargo, en el caso de los miembros del Cabildo, cuya colocación no le correspondía, tuvo que ganarse su confianza y fidelidad de diversas maneras, una de las cuales parece haber sido dejarlos actuar con plenas libertades.

La presencia de los Font en el círculo de poder eclesiástico generó reticencias por parte de la oligarquía habanera, que mostró ciertas asperezas con relación a los elementos provenientes del sector del comercio. Así, por ejemplo, el 6 de enero de 1798 es elevado un anónimo a la Corte que expresa:

Siempre estos empleos aquí han sido recomendables, los han tenido sujetos de mérito y hoy los poseen todos los de esta familia (Font), que aunque blancos, su padre era un infeliz botonero, lo mas es que no tienen mérito alguno y son despreciables por su ignorancia" (sic.). (Fernández, 2014, p. 28)

Esta situación se agrava cuando en 1798 el Rey concede al obispo, que estaba prácticamente ciego, el privilegio de firmar con un sello. (Fernández, 2014, pp. 48-50) Desde este momento el gobierno efectivo de la diócesis pasó a manos de Francisco Font, quien dispuso como mejor le convino de este recurso. Si bien esto es algo que apenas se menciona en los libros de actas, constantemente están llegando a la Corona quejas sobre el manejo arbitrario y las decisiones de Font como la mano detrás del poder real de la mitra.

FUNDACIÓN DEL OBISPADO DE LA HABANA

Es casi estrictamente necesario introducir aquí algunos elementos esenciales relacionados con la fundación del obispado que, manejados convenientemente, permitan formarse una idea más clara de la dimensión real que adquirió el papel del obispo Trespalcios.

El 28 de julio de 1786, Carlos III, a consulta del Real y Supremo Consejo de Indias, resolvió la división del territorio del obispado de Cuba. A su vez, se confirmó la desmenbración por decreto pontificio de 10 de sep-

tiembre de 1787 y se facultaba por su santidad a "qualquier Arzobispo, ú Obispo que depute la Católica RI. Magestad, la práctica de la expuesta división, y erección de otra Yglesia Cathedral en esta Ciudad de la Habana con Prelado, Capítulos, Ministros, y asignación á todos del doto correspondiente...(sic.)" (Pío VI, 1787)

La erección de un obispado en la ciudad de La Habana en 1789 no es, de ningún modo, un fenómeno casual. Las razones que llevaron a este establecimiento emanan de diversas perspectivas. Este es, sin dudas, uno de los aspectos de interés para este trabajo más abordados por la historiografía, por lo que solo se ofrece aquí una visión panorámica, imprescindible, sin embargo, para desplegar luego el estudio sobre el objeto principal de esta investigación.

El traslado de la sede del obispado a La Habana había sido durante mucho tiempo parte de las intenciones de los obispos. Aunque el obispado de Cuba, creado en 1516, tuvo su sede catedralicia en Santiago de Cuba desde 1522, La Habana constituía el centro de la vida cultural, económica y política de la Isla, así que no era nada raro que, en la práctica, y por lo menos ya desde inicios del siglo XVII, los obispos residieran en esta ciudad y no en Santiago de Cuba.

Durante el siglo XVIII se acelera el desarrollo económico y comercial de La Habana, y del mismo modo tiene lugar un sensible crecimiento demográfico. La constante afluencia de esclavos, producto del impresionante despegue plantacionista de finales del siglo, va a transformar el campo de acción social de la Iglesia, otorgándole una mayor complejidad. Vinculado a este fenómeno, también el clero deberá hacerle frente a las cada vez más acentuadas tendencias laicistas de la oligarquía.

Desde la perspectiva criolla, a lo largo del siglo XVIII, se concibieron varios proyectos para el traslado o la creación de una sede episcopal en La Habana. Los de más importancia entre ellos fueron los de los obispos Pedro Agustín Morell de Santa Cruz (Morell, 1764), fechado a 12 de junio de 1764, y el de Santiago José de Hechavarría, de 16 de julio de 1777 (Hechavarría, 1777). Aunque ninguna de las dos propuestas fue lle-

¹ El obispo nombró a Francisco Font como su secretario, y este a su vez nombró a sus hermanos Antonio, Gaspar

Mariano y José curas de la parroquia del sagrario, del Espíritu Santo y a la colecturía de obvenciones de La Habana.

vada a la práctica, sí marcaron un importante precedente a tener en cuenta en el momento de la erección del obispado en la ciudad de La Habana.

La importancia de estos dos proyectos radica en una concepción que los distingue de los precedentes. Si bien hasta el momento, los obispos anteriores habían pedido como norma el traslado de la sede episcopal de Santiago de Cuba a La Habana, tanto Morell como Hechavarría entienden que esa era precisamente la causa de las constantes negativas de la Corona, y ni uno ni otro abogan en sus proyectos por el establecimiento en la capital de la sede de un obispado único.

Si bien las causas del declive de Santiago de Cuba eran otras, de carácter económico y demográfico principalmente, y la permanencia de la sede episcopal allí no mejoraría los indicadores de la vida social y cultural, durante años se había alegado como causa principal para la negativa a las peticiones de los obispos la repercusión funesta que traería para Santiago de Cuba la retirada de la sede del obispado. También como grupo de presión se encontraba el Cabildo eclesiástico de esa ciudad, que logró tener una sólida esfera de influencias en la Corona y en el Consejo de Indias que le permitió retrasar tanto como pudo un suceso que era de hecho inevitable.

A grandes rasgos, Morell planteaba en su proyecto el establecimiento de una provincia eclesiástica, con una Catedral metropolitana en La Habana y dos sufragáneas, una en Santiago de Cuba y otra en Puerto Príncipe. Por su parte, Hechavarría optaba por la integridad del obispado, solicitando de esta forma el establecimiento en La Habana de una segunda Catedral que coexistiera con la santiaguera, propuesta que tomaba como precedente las iglesias catedrales de Jaén y Baeza, en España, las cuales se encontraban en un mismo obispado. (Torres y Leiva, 2008, pp. 446-462)

Hay que tener en cuenta que Hechavarría no solo fue el primer obispo criollo que gobernó en propiedad la mitra cubana, sino que también era de origen santiaguero, y en torno suyo se movió toda una serie de intereses de tipo regional, principalmente. Al punto que algunos elementos indican, –y no sería en ningún caso una consideración fuera de lugar– que para la división efectiva del obispado de Cuba fue preciso sacarlo de la Isla.

El interés por la erección de la diócesis no solo era patente entre los prelados. En 1783 se abrió un expediente relativo a la información enviada al obispo de Santiago de Cuba sobre la resolución del Consejo de Indias de recibir al representante del Cabildo de La Habana para que expusiera la necesidad de la erección de una Catedral en la capital de la Isla y del nombramiento de un obispo para esa nueva diócesis. (Cabildo de la Habana, 1783). Esta solicitud es reflejo de las intenciones de la mayoría de los sectores de la oligarquía habanera del momento, fuertemente representada en el Cabildo.

Esto cambia las actitudes que durante el siglo XVII y parte del XVIII habían tomado los capitanes generales y el cabildo habanero de permitir la existencia en la capital de un poder paralelo. En este asunto hay varios elementos que todavía no están esclarecidos. Así, la justificación de este cambio de actitud puede tener varias respuestas posibles. Inicialmente, amparado en un razonamiento lógico, se podría asumir la división de la diócesis como una de las tantas concesiones que durante esta etapa la Corona hizo a la oligarquía criolla, como parte de lo que la historiografía reconoce como la reformulación del nuevo pacto colonial que está latente en Cuba, por lo menos oficiosamente, desde 1763.

Sin embargo, debe tenerse más cuidado con esta tesis, que parece derrumbarse cuando, y por lo menos hasta la década del veinte del siglo XIX, no hay ningún habanero en la nómina del alto clero, mucho menos miembro de algunas de las familias de la burguesía esclavista de La Habana, y el obispo, por supuesto, tampoco será cubano. ¿Qué sentido tendría, para la oligarquía regional de La Habana, la apertura de un nuevo espacio de poder al que no accederían? Lejos de esto, el clero habanero –entendido como una construcción del discurso histórico posterior, toda vez que ninguno de ellos era de origen habanero– fue una verdadera fuente casi inagotable de problemas para esta burguesía esclavista principalmente.

Otra explicación que parece sostenerse con mayor fuerza es la que vincula la fundación de la diócesis habanera en detrimento del poder que en la ciudad habían adquirido las órdenes religiosas como los dominicos, franciscanos, betlemitas, etcétera. Ello no puede verse separado del contexto. Recuérdese que los borbones, principalmente Carlos III, llevaron a cabo una política disciplinante, por así decirlo, del clero regular en todos

sus dominios coloniales. La creación de este nuevo espacio de poder en La Habana, ciertamente restaría importancia al que detentaban las órdenes establecida en esta ciudad.

DIVISIÓN DEL OBISPADO DE CUBA

La fecha de la real decisión para la división del obispado de Cuba en dos mitras es de 28 de julio de 1786 y, el 10 de septiembre de 1787, el Papa Pío VI emite el Decreto de Desmembración de Cuba en las Yndias occidentales y de erección del obispado en la ciudad de San Cristóbal de La Habana. El 13 de diciembre de 1788 llega a la ciudad el obispo de Puerto Rico, Felipe José de Trespalacios y Verdeja (1788-1799), para hacerse cargo de la división. Inicialmente, el encargado de llevar a buen término la división de la diócesis de Cuba y la creación de la de La Habana fue el arzobispo de la Metropolitana de Santo Domingo, quien por problemas de salud delegó esta responsabilidad en Trespalacios.

La persona encargada por el rey de la división efectiva del obispado fue el fiscal de la Audiencia de Santo Domingo Miguel Cristóbal de Irisarri, quien parece ser fue el primero en notificar al obispo de Puerto Rico de su responsabilidad en el proceso. Por real orden del 19 de julio de 1789 dirigida particularmente al obispo Trespalacios y al fiscal Irisarri, el rey confirmaba que serían ellos los encargados de la división y creación del nuevo obispado. En agosto de 1789, el obispo de Santiago de Cuba Antonio Feliú y Centeno, reunido personalmente con su cabildo eclesiástico eligen al capitular, en ese entonces Canónigo Doctoral Juan Crisóstomo Correoso, como representante de sus intereses en el proceso que ocurriría en La Habana. De esta forma el 24 de noviembre de 1789, queda definida la división del obispado y el establecimiento de una nueva sede episcopal en La Habana. (Torres y Leiva, 2008, pp. 443-462; Fernández, 2014, pp. 23-66)

Sin embargo, este proceso de tan corta duración, generó más de un problema, algunos de ellos en un plazo más dilatado, pero su génesis está presente en este suceso. Un hecho interesante, que ya fue advertido por algunos historiadores españoles como Fernández Mellén (Fernández, 2010, pp. 89-70), es que Trespalacios no llega a Cuba por Oriente, donde está la sede del obispado y una de las principales ciudades que geográficamente quedaba más cerca, sino que va directamente a La Habana. Esto nos habla de una posible intención de

no permitir ni siquiera la germinación de un vínculo o relación con el personal eclesiástico de Cuba que pueda incidir de modo contrario en su decisión, así como de los elementos simbólicos detrás de sus pretensiones aun no declaradas, pero sí temidas por el obispo de Santiago de Cuba y su Cabildo eclesiástico.

Las razones que llevaron al establecimiento del obispado de La Habana, expuestas con anterioridad en esta investigación, son, en una aparente y caprichosa paradoja, las mismas que generan los más grandes conflictos entre el obispo y el fiscal Irisarri, y a su vez estos con el obispado de Santiago de Cuba. Estas razones descansan, básicamente, en el desarrollo económico y socio-demográfico de La Habana, que tenía como horizonte principal la producción de azúcar y todo lo que ello generó, incluido su reflejo sobre la recaudación del diezmo como una de las principales fuentes de ingreso de la Iglesia, en la que sostenía la diócesis parte significativa de su funcionamiento y la “dignidad” de sus miembros.

Al nuevo obispado le correspondieron los territorios desde el Cabo de San Antonio hasta Ciego de Ávila, quedando adjuntas también las regiones de La Florida y la Luisiana. Desde las reformas de Compostela, la Iglesia había asumido nuevamente el control sobre el cobro de los diezmos, que por razones evidentes su monto era superior en el occidente de la Isla. Es de esperarse la situación desfavorable en que quedó el obispado de Santiago de Cuba luego de la división del obispado de Cuba y la erección del de La Habana. Esta precaria situación económica del oriente de la Isla con relación a occidente, se reflejó lógicamente en las recaudaciones de las rentas decimales, como se muestra en la siguiente tabla.

Tabla 1

Recaudación de diezmos en la gobernación de La Habana y en la de Santiago de Cuba (1781-1792)²

	1781-1784		1785-1788		1789-1792	
	Habana	Santiago	Habana	Santiago	Habana	Santiago
Diezmos	840 833	115 783	830 277	116 810	768 534	125 554

Fuente: Oficios del MV Cabildo de La Habana (1790-1795). Archivo del Arzobispado de La Habana.

Creo lícito pensar que uno de los principales responsables de este desfavorable balance en relación a las rentas de las dos diócesis fue el futuro obispo de La Habana. Como se ha dicho ya, en diciembre de 1788 llega a la ciudad el obispo de Puerto Rico junto con el fiscal de la audiencia de Santo Domingo, Miguel Cristóbal Irisarri, para hacerse cargo de la división. Existe constancia escrita de que el obispo, desde antes de llegar a Cuba, barajaba la idea de poder obtener en propiedad la diócesis de nueva fundación.

En una carta que le escribe a su sobrino Cosme Trespalacios apoderado suyo en la Corte el 18 de junio de 1789, le deja claro que,

...por si acaso en esta mitra (se refiere a La Habana) o en la de Cuba se hiciese memoria o nombramiento en mi, te prevengo que limites la aceptación a San Cristóbal de La Habana por contemplar aquel clima más propio para mi edad, accidentes y refutar la situación de Cuba contraria a ellos. En Puerto Rico me ha ido bien de salud y solo sentiría volver por la larga navegación, que es lo único que te puedo decir a cuanto me propones y manda a tu tío. (sic.) (Trespalacios, 1789)

No creo que en nada que vuelva a escribir luego, o por lo menos que yo haya leído, la procacidad del obispo adquiera dimensiones tales como en esta carta. Es ingenuo pensar que las verdaderas razones para rechazar la diócesis santiaguera sean por un elemental

problema del clima, máxime en un hombre que vivía desde su juventud en el Caribe. Menos creíble es la amenaza de regresar a Puerto Rico. Es decir, el obispo asume las funciones de juez y parte en este asunto.

El hecho de haber sabido de antemano las posibilidades reales que tenía sobre el nuevo obispado subjetivaron en extremo las decisiones del obispo como funcionario real al frente de la división. Las contradicciones que durante este proceso asume con Irisarri, nos dan la medida de hasta dónde estaba dispuesto a llegar el obispo en su empeño.

Independientemente de esto hay un hecho aún más interesante. En un auto de cinco de noviembre de 1789 los jueces establecen un acuerdo con el enviado del obispo y el Cabildo de Santiago de Cuba en el que queda resuelta la erección de la Catedral de La Habana y la dotación de ambas Iglesias. El prebendado designado para representar sus intereses fue Juan Crisóstomo Correoso, un miembro de una de las familias de la élite santiaguera, que ocupaba el cargo de Canónico Doctoral.

Ahora bien, lo curioso es que Correoso, supuesto defensor de los intereses de Santiago de Cuba, nunca regresó a ocupar su puesto en el Cabildo de esa ciudad. Trespalacios le ofreció la preferencial posibilidad de ser el primer miembro del Cabildo eclesiástico de La Habana. Como es evidente, resulta difícil pensar que sus intereses realmente estuviesen en comunión con los de

² En todos los casos en que se presentan datos en las tablas, las cifras están dadas en pesos.

esa diócesis oriental, y si alguna vez fue así, cambiaron de modo radical luego de haber aceptado la oferta del obispo. Visto en su contexto, no era nada fuera de lo común. La mayoría de los primeros integrantes del Cabildo eclesiástico de La Habana procedían de Santiago de Cuba, donde habían ocupado prebendas de la Catedral de esa ciudad. En algunos casos asumen cargos inferiores a los que detentaban, lo cual nos hace pensar que entre sus objetivos no estaba ascender en la carrera eclesiástica, sino un interés meramente de beneficio económico.

Una de estas principales contradicciones que se presentaron en la comisión presidida por Trespalcios y el fiscal de la audiencia de Santo Domingo, fue sobre la asignación que se debía hacer a la cuarta capitular³. Irizarri estaba planteando que esta asignación debía estar en relación al número de prebendados de la Catedral de Santiago de Cuba, que superaba al de La Habana-algo que suponía una adecuación bastante racional al contexto-, mientras que el obispo planteaba la necesidad de regirse por las mismas normas aplicadas en La Habana.⁴

Según lo establecido, el obispado de Santiago de Cuba debía recibir por concepto de diezmos en su territorio, relativos a la cuarta episcopal y capitular, unos 13 106 pesos anuales, es decir, 6 538 pesos pertenecientes al obispo y otros 6 538 pertenecientes a los miembros del cabildo. Tanto Trespalcios como Irizarri habían acordado que la pensión que pagaría la diócesis habanera al obispo sería de 10 445 pesos anuales. Los problemas como se había mencionado estuvieron en la asignación correspondiente a la cuarta capitular. Trespalcios, justificando el criterio de parte iguales, asignaba la misma cantidad que a la curia episcopal, es decir 10 445 pesos anuales, que serían manejado como una renta permanente, sin importar si el número de prebendados aumentara o disminuyera.

Por su parte, Irizarri planteaba que atendiendo al número superior de capitulares de Santiago de Cuba, la compensación de La Habana se elevara a 16 690 (Fernández, 2014), lo cual en términos generales elevaría el total a pagar entre ambas cuartas, capitular y episcopal, a 23 228 pesos, es decir, 6 245 pesos por encima de los 16 983 que proponía el obispo. Esta intención de Irizarri

solo era sostenida en lo excepcional de la situación, la lógica estaba claramente de parte del obispo.

Esta discusión, que duró cerca de cuatro años, fue finalmente cerrada por Real Orden de 17 de noviembre de 1793, en la que queda aprobada la división territorial hecha por la comisión, en la que no se reconocía ninguna de las dos proposiciones hechas por los presidentes de la misma. En este caso, cada obispado era el encargado de sus propios diezmos y La Habana debía pagar anualmente sesenta mil pesos de sus diezmos a Santiago de Cuba y cinco mil pesos de excusados. Sin embargo, lejos de zanjar el problema, esta Real Orden fue causa de enfrentamientos constantes entre los cabildos de ambas diócesis. Era evidente que no estaba entre los propósitos del nuevo obispo contribuir de modo constante e indeterminado al obispado oriental, pero en cualquier caso era preferible una contribución con posibilidades de ser reconsiderada por la Corona que una permanente división a partes iguales de los diezmos de la Isla.

En cualquier caso, tanto la forma en que fue empleada la Real Orden de Carlos III de 1786 autorizando la división, como la ejecución realizada por Trespalcios, quien sabía que iba a ser el prelado de la nueva diócesis resultante del proceso, favorecieron a La Habana con territorios que ingresaban cantidades superiores con relación a las rentas que le correspondían a Santiago de Cuba. Estas diferencias entre las rentas que percibían uno y otro obispado se irían agudizando en el tiempo. Solo para tener una imagen gráfica de esta sustancial diferencia véase el grafico siguiente.

³ La cuarta capitular es un parte de los diezmos que está destinada al salario de los capitulares del Cabildo.

⁴ El Cabildo habanero contaba con once prebendas, en tanto el de Santiago de Cuba tenía catorce.

Gráfico comparativo de la recaudación (pesos) del diezmo en las diócesis de La Habana y Santiago de Cuba. (1795, 1798, 1802, 1805, 1808, 1812, 1820, 1825)

Fuente: elaborado a partir de la información contenida en fondo *Cabildo Catedral*, Archivo del Arzobispado de La Habana.

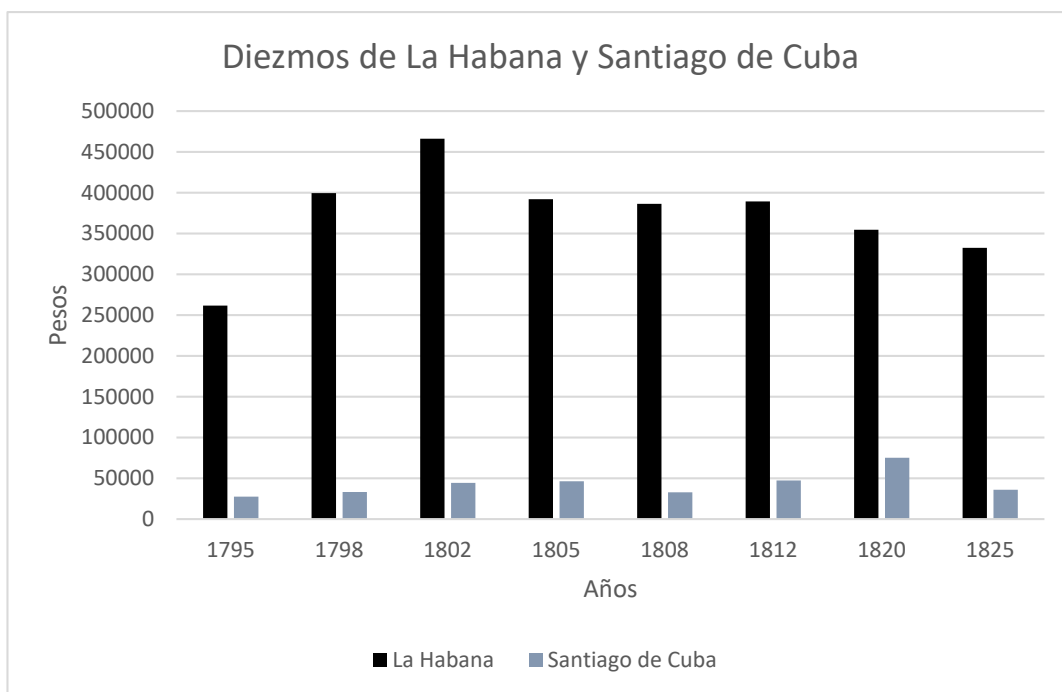
Una de las principales manifestaciones, desde una perspectiva económica, del reconocimiento de la precariedad en que había quedado la diócesis oriental fue la institucionalización de una

pensión compensatoria. La aplicación de este recurso estableció un lazo directo de constantes desavenencias con la diócesis de Santiago de Cuba, particularmente con su Cabildo. Aun así, este no fue el único. La asignación de rentas, particularmente la cuarta capitular, fue constante motivo de conflictos desde el momento de su implementación.

En el mencionado auto de cinco de noviembre de 1789 se establecía que los fieles de cada territorio estaban obligados a contribuir con los diezmos de sus respectivas Iglesias. Es decir, los temores del obispo y el Cabildo santiaguero tomaban cuerpo, pues las rentas que recibiría el obispado de esta región serían, por mucho, inferiores a las de La Habana.

En este mismo documento se toman algunas medidas con relación a la complicada situación en que había quedado la diócesis de Santiago de Cuba. Así, por ejemplo, fueron relevados del pago, tanto el obispo como el Cabildo, de mil y mil quinientos pesos con que respectivamente contribuían a la orden de Carlos III. Este

pago fue asumido por el Cabildo y el obispado habaneros. También se restó a la cuarta episcopal de La Habana el salario del obispo auxiliar de la Luisiana.



La Real Orden de noviembre de 1793 no solo establecía que de los diezmos de La Habana se pagaran anualmente 65 mil pesos a la diócesis de Santiago de Cuba, sino que de los mismos, como aún no estaba funcionando el Cabildo habanero,⁵ el Cabildo de Santiago de Cuba recibiría la cuarta capitular, que era el ingreso destinado para el salario de los miembros de este cuerpo.

Entre agosto de 1789 y junio de 1795, fecha de consagración de la Catedral habanera, el obispado y el Cabildo de La Habana pagaron por este concepto antes expuesto a sus homólogos de Santiago 89 039 pesos. Y el Real y Conciliar Colegio Seminario de San Carlos y San Ambrosio pagó 26 792 pesos al de San Basilio el Magno. (Fernández, 2014, p. 118)

Con la fundación de la Catedral, y el Cabildo en ejercicio pleno de sus funciones, terminaba el periodo legal por el que tenía que mantenerse la pensión a Santiago de Cuba. Sin embargo, la privación de estos ingresos supondría el más devastador golpe que pudiera recibir

⁵ El Cabildo eclesiástico de La Habana empieza a funcionar a partir de mayo de 1795, a pesar de que su fundación date de 1789.

esta diócesis, razón por la que sus autoridades insistieron hasta los últimos recursos. A pesar de ser suspendida por Real Orden de 1795, la existencia de esta pensión compensatoria se mantuvo gracias a las presiones ejercidas por el Cabildo santiaguero. La razón que permitió que los miembros de este cuerpo colegiado mantuvieran una actitud firme con respecto al tema de la pensión compensatoria fue que no estaban dispuestos a perder, bajo ningún concepto, los estándares de vida a que estaban acostumbrados antes de la división del obispado.

Estaba previsto que esta pensión disminuyera en la medida en que aumentaran las recaudaciones del diezmo de la diócesis oriental, hasta quedar definitivamente suprimida. Esto nunca pasó. De hecho, luego de 1823 la recaudación decimal de Santiago, en vez de aumentar, descende sensiblemente, lo que conllevaba el correspondiente crecimiento de la contribución habanera. En esta coyuntura se complejiza la situación y el Cabildo de La Habana se rehúsa a seguir pagando la pensión compensatoria a Santiago de Cuba.

Esta posición se hizo oficial cuando a finales de 1824 el Cabildo escribió a la Junta de Diezmos, planteándole que, gracias a la compensación, su homólogo de Santiago de Cuba y su obispo se habían acomodado a tal punto que ni siquiera se preocupaban por fomentar los ingresos por concepto de diezmos en esa región. Era necesario, según se expresaba casi hasta por su propio bien, que desapareciera el pago de la pensión compensatoria a Santiago de Cuba. (Cabildo Catedralicio, 1824) Los trámites se extendieron hasta 1827 pero, incluso entonces, una Real Cédula de ese año ratificó la permanencia de la pensión compensatoria.

Nuevamente en 1835, con el pretexto del estado deplorable en que se encontraban las arcas de la Catedral de La Habana, en el Cabildo del 3 de febrero puede leerse:

... El Sr Reyna dijo: que era constante a S E el deplorable estado en que se encontraba actualmente la Fabrica y el pedido que en fuerza de esta consideración había hecho esta corporación al Exmo Sr Yntendente y Juntas directivas de Diezmos para que se suspendiese el pago de la pension a Cuba con quien ya no podían contribuir los escusados de esta Sta Yglesia. ...le parecía muy conveniente y oportuno se nombrara un apoderado en la Corte para este fin (sic.) (Cabildo catedralicio de La Habana, 1835)

El 15 de febrero el Capitán General respondía a la solicitud elevada por el Maestrescuela Reyna, donde expresaba que: "Se tomó en consideración la indicación hecha por el Sr Maestrescuela en el anterior cabildo..., habiéndose conferenciado detenidamente y oídas otras razones que se propusieron en contra de la indicación acordó se suspendiera..." (Casas, 1835) (sic)

Las constantes presiones ejercidas por el Cabildo de La Habana y los respectivos fracasos en relación a la suspensión de la pensión compensatoria a Santiago de Cuba se deben a más de una causa. Si bien es cierto que el obispado de Santiago quedó desfavorecido económicamente con la división y La Habana asumió también una serie de gastos que antes correspondían a la vieja diócesis, como ya se ha dicho en anteriores páginas, hay que tener en cuenta que en 1804 la diócesis de Santiago de Cuba es elevada a la condición de arzobispado. Este hecho no solo hizo que fueran más visibles las carencias materiales, sino que por tal razón La Habana pasó a ser sufragánea de esta Catedral, lo cual pudo influir directamente para que el Rey no concediera a los capitulares habaneros la derogación del pago de la pensión compensatoria.

Por último, el Cabildo santiaguero, siempre que las relaciones se agriaban, esgrimía una poderosa carta sobre el modo en que había sido dividida la diócesis.

El Sr. Doctoral devolvió el expediente promovido acerca de la solicitud del V Cabildo de Santiago de Cuba sobre que se haga una nueva distribución de territorios de esta y aquella diócesis, ó que unidos los diezmos de ambas en una sola masa, se dividan sus productos entre dos Catedrales. ...Se leyó la representación del Doctoral (de La Habana) en que haciéndose cargo de las causas u quejas en que apoya su solicitud aquel cuerpo, las refuta como infundadas, inverídicas y opuestas a la ley y aun a la razón. La Habana, 13 de diciembre de 1830. (sic) (Cabildo Catedralicio de La Habana, 1830)

Ante la posibilidad de adoptar una de estas dos proposiciones esgrimidas por el Cabildo eclesiástico de Santiago de Cuba, era mejor conservar el estado de las cosas tal como estaban.

CONCLUSIONES

En este trabajo se ha demostrado el modo en que la figura del obispo Trespalacios incidió de modo visible en la evolución histórico-institucional de la Iglesia habanera. Su papel como primer prelado de La Habana, posiblemente nunca valorado por él en su dimensión real, fue trascendental en las características particulares que distinguieron a la Iglesia y al clero del occidente de la Isla. No es, por ende, nada raro que una figura tan contradictoria como esta no hubiese recibido la atención de su sucesor, una figura sobredimensionada por la historiografía cubana y sobre Cuba.

Todas las contradicciones que rodearon la división del obispado de Cuba, vistas a fondo, son un fresco muy representativo de la sociedad colonial que se había forjado en Cuba hacia finales del siglo XVIII. Las pugnas por el poder, en más de un caso, superaban los límites de lo simbólico y lo subrepticio para transformarse en cinismo burdo y ambiciones muy claras.

A pesar de todo, por esa vez, la lógica estuvo de parte del obispo, que había emprendido una batalla que sabía ganada de antemano. Se asistía a la división de un obispado y a la creación de otro, cuya justificación degeneraría en la equiparación de un campo de acción territorial para ambas mitras. La única diferencia era que este campo de acción eclesiástico y la profesión de la fe resultaría más beneficioso y lucrativo en el occidente de la Isla.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Chang, F. (enero-diciembre 2002). La emigración china en Cuba; su asociatividad y tradiciones ético-espirituales: presencia étnica. *Debates Americanos*. (12). pp. 62-74.
- Diario Oficial de Avisos de Madrid (1898, septiembre 24). La Paz. Los Voluntarios de Cuba, p. 3.
- El Correo Militar (1898, noviembre 25). Tratado de Paz, p. 2.
- _____. (1898, noviembre 25). Tratado de Paz, p. 3.
- _____. (1898, diciembre 2). La Paz. El ultimátum americano, p. 2.

- _____. (1898, diciembre 1). Cuba, p. 1.
- _____. (1898, diciembre 1). p. 3.
- El Globo (1898, diciembre 4). De la Paz, p. 1.
- _____. (1898, septiembre 18), p. 1
- _____. (1898, agosto 28). El comercio de Santiago, p. 2.
- El Siglo Futuro (1898, diciembre 26). El Tratado de París, p. 1.
- La Comisión de París, Consejo de Ministros (1898, diciembre 12). En *La Época*, p. 2.
- La Época (1898, diciembre 15). El Tratado de Paz. La protesta de los comisionados españoles, p. 1.
- _____. (1898, diciembre 11). El Tratado de Paz, pp. 1-2.
- La Unión Católica (1899, enero 2), p. 2
- El Correo Militar (1898, diciembre 2). Las negociaciones de paz, p. 2.
- La Unión Católica, (1898, enero 2) p. 2
- Fernández Muñiz, A. M. (2004). *Historia Mínima de España*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Guerra y Sánchez, R. (1964). *Manual de Historia de Cuba*. La Habana: Editorial Nacional de Cuba- Editora del Consejo Nacional de Universidades.
- González Aróstegui, M. (2000). Antinjerencismo y antimperialismo en los inicios de la República en Cuba. *Revista Temas*. (22-23).
- Guerra Sánchez, R. (1964). *Manual de Historia de Cuba*. La Habana: Editorial Nacional de Cuba- Editora del Consejo Nacional de Universidades.
- Guiral Moreno, M. (febrero 1915). La intromisión de los extranjeros en nuestros asuntos domésticos. *Cuba Contemporánea*, VII, (2)
- Labra R. M. del, (1899, junio 17) Conferencia dictaba en el Círculo de la Unión Mercantil. En *La Correspondencia de España, Diario Político y de Noticias*, El tratado de París de 1898. p. 1.

- _____. (31 de marzo, 1900). Conferencia dictada en el Ateneo de Madrid. En *Política Internacional*, La Correspondencia de España, p. 1.
- Ministerio de Hacienda. (1900, agosto 23). Reales Órdenes. *Boletín Oficial de la Provincia de Orense*, p. 1-2.
- _____. (1900, agosto 23). Reales Órdenes. *Boletín Oficial de la Provincia de Orense*, p. 1-2.
- Lugo Amador, L. A. (1998). El 98 de los españoles residentes en las Antillas: Conflicto y adaptación. *Revista Complutense de Historia de América* (24)
- Varona, Enrique José (diciembre 1915). La Reconquista, *Cuba Contemporánea*, 9(3), pp. 33-34.
- Velazco, C. de (1915). Aspectos Nacionales. La Habana: Editorial Jesús Montero.